



Durante más de 10 años Ernesto Diezmartínez emite críticas que son tomadas en cuenta como guía por los cinéfilos

Azucena Manjarrez

Si no le gustó la película a Ernesto Diezmartínez Guzmán seguramente vale la pena, todas las cintas que califica como malas, son buenas y que dice que son buenas, son malas, suele comentar la gente.

Con una carcajada, el crítico de cine se ufana de esos comentarios y expresa que aún así, las opiniones que desde hace más de 10 años emite a nivel nacional y en la columna Vértigo son tomadas como guías alternas.

Su estilo para valorar la calidad de una cinta, es peculiar, no puede leerse, sin que provoque una irónica sonrisa y más si califica al filme como churrito, churrote o palomera.

El sueño romántico que siempre ha tenido de las salas de cine de la ciudad están presentes en sus críticas como un llamado que ayude a educar a los "rústicos culichis" que platican y hablan por celular durante la función.

Aunque dice que no es una ley compartir las mismas opiniones, a través de la palabra escrita, solamente da a conocer una apreciación y visión personal de lo que ve pero con sustento.

La validez que tienen sus comentarios, afirma, no es científica ni cuantitativa, por más que ponga una calificación en realidad, éste es un terreno en el que domina la subjetividad y una buena película para mucha gente puede ser una verdadera basura.

Basándose siempre en la razón, dice, que para valorar toma en cuenta ciertas características como la edición, temática y la fotografía a profundidad.

"La crítica está basada en algunos criterios de tipo analítico, histórico y artístico que permiten no ser simplemente un reseñista.

"Cada película tiene su propia formulación y te obliga a realizar lecturas diferentes, no se puede calificar con el mismo criterio porque no hay receta de cocina", señala.

En más de una ocasión, confiesa, se ha dado cuenta que fue estricto para calificar, pero es válido cambiar de opinión.

EL INICIO DE UNA AFICIÓN

Diezmartínez Guzmán nunca imaginó poder convertirse en uno de los pocos críticos de cine que existen en el país, una profesión que asume con un alto grado de responsabilidad porque tiene un compromiso honesto con los lectores.

Desde que tiene uso de razón recuerda que siempre fue aficionado a las películas que disfrutaba en su hogar y en los cines que antes existían en la ciudad.

"No había sitios de entretenimiento y aunque no quisiera terminaba viendo las cintas de Pedro Infante, no como ahora que se tiene una diversidad de programas en la televisión", recuerda.

Con sus padres y hermanos vivía en una casa ubicada en un callejón cercano al extinto cine que estaba junto al Parque Constitución a donde acudía dos o tres veces por semana.

"Desde que era un niño siempre esperaba que cambiaran la cartelera para entrar a cualquiera que fuese, el Reforma, Cinema Culiacán 70 o el Diana, de no ser así hubiera estado a diario ahí.

"Así empecé a sufrir esta enfermedad genética que transmitió mi abuelo a mi madre y ella a mí, quienes asistían con mucha frecuencia", dice.

También acudía a un lugar donde se proyectaban filmes, ubicado cerca del Mercado Rafael Buena, sin techo y con la peculiaridad de ser un cine auténticamente de rancho, en pleno centro de la ciudad, donde se vendían hasta tostadas.

"Ahí podía pasar todo un día con el deseo que me sorprendiera la película y todavía tengo la misma idea porque quisiera que siempre me gustaran todas las proyecciones", explica.

UN VICIO BENIGNO

Llegó el día en que el asistir a una sala de cine se convirtió en un vicio benigno que sus padres ayudaron a mantener al no negarle nunca dinero para pagar la entrada.

"Buena parte de mi vida la pasé sentado en una sala, claro siempre después de hacer la tarea y jugar un poco. "En ese entonces, los niños se envilecían con las caricaturas que se transmitían por la tarde en el Canal 3, no había más", recuerda.

Aunque de vez en cuando las miraba, rememora que en su cabeza estaban los actores, directores y títulos de las películas que había visto y las que estaban por estrenar.

Al llegar a casa después de ver una cinta empezó a llamarle la atención escribir sobre ello, hasta crearse un pasatiempo que con el paso de los años se convirtió en una ocupación.

ADQUIRIR UNA PROFESIÓN

Ingeniero bioquímico de profesión, asegura que desde niño no ha encontrado algo más disfrutable que sentarse a ver una película.

Leer y escribir sobre ello fueron los complementos que lo ayudaron a adquirir la profesión que hasta la fecha combina con la de maestro de humanidades en el Tecnológico de Monterrey.

Fue por recomendación de Sigrifido Bañuelos, quien a mediados de los 80 ocupaba la Dirección Editorial de Difocur y lo invitó a colaborar en un suplemento.

"Él sabía de mi afición y me dijo 'porqué no escribes'; en realidad yo siempre había tenido esa intención, aunque estaba estudiando la carrera lo hice y aquí estoy.

"Así empecé y después escribí de manera cotidiana en un suplemento cultural que dirigían Jorge Aragón y Gerardo Ascencio en el periódico Noroeste", manifiesta.

Tiempo después, al desaparecer esta publicación, nació la columna Vértigo que tres veces por semana ocupa un espacio en la sección Cultural del mismo.

DE BIOQUÍMICO A CRÍTICO

Diezmartínez Guzmán apunta que por una extraña razón la carrera de ingeniería bioquímica quedó en el camino. No sabe si es casualidad porque la mayoría de los críticos de cine del país estudiaron esa profesión.

"Quizá habrá una teoría que haga que los que estudiamos estas carreras nos conectemos con el cine o estamos tan jodidos que terminamos en esto.

"También puede ser que muchos no encontremos chamba y no nos quede de otra, porque no conozco a ningún licenciado en comunicación que sea crítico, pues son quienes se supone que de manera natural se pueden dedicar a ello", expresa.

Impartió clases de cine, historia, redacción, apreciación, lenguaje cinematográfico en la Universidad de Occidente.

"Fue algo curioso porque empecé a compartir conocimientos que yo nunca había recibido, incluso elaboré algunos planes de estudio", agrega.

Después de algún tiempo cursó un posgrado en humanidades en cuya área actualmente se desempeña como docente en el Tecnológico de Monterrey, además de colaborar con críticas de cine en la cadena nacional de Grupo Reforma.

LA MAGIA DEL CINE

Si en algún momento de su vida hubiese pensado en escribir sobre el séptimo arte quizá no lo hubiera logrado.

Con más de 200 películas vistas anualmente y más de 500 críticas realizadas hasta la fecha, Diezmartínez Guzmán aún no olvida la primera que publicó, *El compadre Mendoza*, de Fernando de Fuentes.

Aunque muchas han sido de su agrado, e incluso las ha visto más de una vez como *Cantando bajo la lluvia*, *Casa Blanca*, *Psicosis*, sus preferidas son las de Pedro Infante, de las que sabe de memoria algunos diálogos.

Después de más de 10 años en esta profesión, le divierte que cuando a sus hijos le preguntan por él, contestan que su papá está en el cine.

Es entonces cuando reflexiona sobre la magia que tiene el séptimo arte y se formula preguntas que no puede responderse.

La verdad no sé qué fue lo que me atrapó y que todavía no me suelta, expone, lo que puedo decir es que cuando veo una película me provoca vértigo, de ahí el título de la columna que también es el nombre de uno de mis filmes preferidos.

"Cuando uno entra recorre lugares que tal vez nunca se van a visitar porque incluso no existen, conoces épocas y personas imaginarias.

"Ese entrar a un mundo nuevo es como el vértigo que sientes ante lo desconocido, al cual puedes acceder cada vez que ingresas a una sala", puntualiza.

UN SUEÑO ROMÁNTICO

Ser una guía para los interesados en la industria cinematográfica, es un gusto enorme, sin importarle que algunos comenten que siempre dice lo contrario.

Se considera un hombre soñador que disfruta además el estar frente a sus alumnos, con su familia y permanecer durante horas en una sala de cine.

Sus añoranzas paulatinamente se han convertido en realidad, salvo una, poder ver decentemente en Culiacán una película.

"Sé que pido mucho, es un sueño que tal vez no se haga realidad porque tenemos una cultura cívica muy pobre y es lógico que si no respetamos las señales de tránsito, menos comportarnos como se debe en el cine.

"Es algo sencillo pero en el fondo complicado, el poder entrar sin que estén platicando y que el sonar de los celulares se escuche como una orquesta, seguramente no podrá ser de otra manera por lo menos en esta generación", asegura sonriente.

